

Tiempo de cerezas

(Ángel Utrillas Novella)

SINOPSIS

Esta novela está basada en hechos reales. Trata de la historia de un hombre que contra su voluntad debe afrontar un conflicto bélico tomando partido en uno de los bandos que él no elige, la guerra civil española y posteriormente otro más, la guerra mundial, siendo uno de los componentes de la División Azul.

Durante la guerra desaparece, se le da por muerto, y después de cincuenta años ausente de su país, cuando ya casi nadie se acuerda de él y sus familiares han rehecho su vida y seguido cada uno sus propios derroteros, regresa.

Es la tragedia de un muerto que resucita, regresa y pretende reincorporarse a la vida de su familia como si nada hubiera ocurrido, como si en vez de cincuenta años de ausencia hubiera sido ayer el último encuentro.

La obra trata de las reacciones de unos y de otros y para ello se viaja en el tiempo y en el espacio. Nos desplazamos a Paris, a Gijón, a Zaragoza, a Teruel, a Cáceres y como no, a Madrid, hasta que por fin nuestro protagonista encuentra su lugar en el mundo, aquél del cual nunca debió salir.

Se trata en forma breve, en pequeñas pinceladas, de hechos históricos: la guerra civil, la guerra mundial, la posguerra, el franquismo, la muerte del dictador, la transición política, la legalización del Partido Comunista de España, las primeras elecciones democráticas. Y todo ello visto desde la perspectiva del español de la calle, no desde el peldaño superior del historiador, ni desde el encorsetado del político.

Hay en sus páginas un milagro de la Virgen del Pilar, un milagro documentado que ocurrió en realidad, el de M.J. Pellicer Blasco, que el Vaticano ha contemplado y que se conoce popularmente como el milagro del cojo de Calanda.

Hay escenas de dos tipos de batallas, de luchas entre ejércitos con gran despliegue de armamento y de luchas contra la vida, contra uno mismo para hacer en cada instante lo correcto.

Trata del silencio anterior a la batalla, de las lágrimas vertidas, del tiempo perdido que un reloj por el cual no pasa el tiempo nos marca; hay fracasos y victorias,

libertad e ira, gavilanes y palomas; y sobre todo habla de la vida y de la muerte y del frío inherente a ambas, que es el mismo, aunque es distinto.

Al final nadie muere, la materia no se destruye, se transforma y permanece; el amor vence incluso a la muerte y permanece vivo para siempre, a la deriva por todas las primaveras de la eternidad.

PROEMIO.

La resurrección de los muertos.

El nerviosismo le produjo un agudo dolor en el estómago.

Tuvo la desagradable sensación, como a lo largo de toda la mañana, de ser seguida, espiada, asediada, y esa impresión no le resultaba ajena en ningún modo, pero a diferencia de anteriores ocasiones, aquel día tuvo una corazonada, un presagio atenazando su garganta, un cosquilleo inconfundible e inequívoco en su nariz ascendiendo hasta su cerebro.

Algo extraordinario iba a suceder.

La cancela se cerró con estruendo tras sus pasos apresurados y el eco de éstos en el zaguán le transmitió un mensaje de alivio e inherente a éste, la posibilidad, casi la certeza, de hallarse por fin a salvo.

Suspiró.

Se sintió segura, preservada de miradas criminales o simplemente indiscretas, protegida de arcanos peligros en el tibio amparo del hogar.

Comenzó a subir las escaleras ya sin tanto apremio, sintiendo ahora en sus brazos el peso del bolso de la compra repleto y murmuró para sí misma al aparecer los primeros jadeos provocados por el esfuerzo:

_ ¿Cuándo querrán Dios y la comunidad de vecinos poner ascensor en esta olvidada casa?.

En el rellano de la escalera correspondiente al segundo piso, se vio obligada a efectuar un descanso y tomarse un generoso respiro, la juventud ya no era uno de sus tesoros, treinta y cinco años se pasan en un soplo, y como un soplo fugaz había transcurrido el periodo de siete lustros que llevaba viviendo allí. En ese espacio de tiempo, la casa había evolucionado y sus transformaciones la habían mejorado, en cambio ella maduraba sin posibilidad de restauración y las transformaciones, habían deteriorado su cuerpo, había envejecido junto a aquel edificio.

Inspiró sofocadamente en varias ocasiones, en una de las profundas inhalaciones le llegó una fragancia peculiar y conocida, un aroma natural, agradable, un penetrante olor a cerezas frescas y maduras recién recolectadas.

_ Alguien ha subido la escalera comiendo cerezas-. Se comunicó a sí misma mientras se disponía a reanudar la marcha.

Sus sospechas fueron confirmadas de inmediato, pues al dar su primer paso, pisó un güito de cereza descuidadamente abandonado en el peldaño y peligrosamente ubicado. Se agachó con

esfuerzo a recogerlo para tirarlo a la basura, evitando así la posibilidad de algún percance desafortunado, y al ir a depositarlo en la papelera del siguiente descansillo, vio un pedazo de papel de estraza con grandes manchas granates, envuelto en forma de cucurucho y lleno de otros cuescos de cereza.

_ Bien pequeño, reúnete con tus hermanos-. Dijo arrojando el hueso en el zaque.

Introdujo la llave en la cerradura y en ese instante escuchó un carraspeo cuyo eco reverberó amenazador por el hueco de la escalera. Se quedó inmóvil, petrificada, agudizando al máximo sus oídos. El silencio era absoluto, ninguna puerta se cerró, no hubo pasos resonando en el portal, quien quiera que hubiera producido el sonido anterior, ahora, permanecía tan quieto, callado y asustado como ella misma. Miró de soslayo por encima de su hombro con algo de temor, pero no vio nada inadecuado, abrió con rapidez la puerta, entró en casa y cerró de un urgente y sonoro portazo.

Una vez protegida en el baluarte de su hogar, acercó el ojo a la mirilla de la puerta, no vio nada, ni consiguió, a pesar de la atención prestada, escuchar nada más. ¿Sería cierto que alguien la perseguía o serían tan sólo efectos de su imaginación envejecida al mismo ritmo rápido y desesperante de su agostado cuerpo?.

_ ¡Hay juventud! divino tesoro perdido-. Suspiró, dirigiéndose al interior de la vivienda y disponiéndose a realizar las tareas domésticas habituales.

Se deshizo del martirio de los zapatos acariciando sus doloridos pies con mimo en un cuidado masaje, se despojó del abrigo instalándolo en la percha del vestíbulo con extrema pulcritud. Pronto habría de guardar la ropa de invierno y rescatar del fondo del ropero las prendas propias del verano.

_ La próxima semana quiciás-. Murmuró y de inmediato se auto recriminó aquella palabra propia del dialecto de las Hurdes y corrigió-. ¡Quizá!, la próxima semana quizá.

Debía acostumbrarse a erradicar el dejillo, las palabras autóctonas de su tierra natal, Extremadura. Sus hijos la reprendían por usar “*ese acento pueblerino*”, como ellos decían y no quería soliviantarlos, aunque a ella, le gustaba su verdadera forma de hablar. Pero ahora eso no importaba, sintió repentinamente el deseo urgente de comer cerezas, como un antojo propio de la gestación. Se dirigió a la nevera, puso en un plato un par de puñados del rojo fruto primaveral, los lavó y se sentó a disfrutar del manjar.

_ Cerezas del Valle del Jerte -. Murmuró cerrando los ojos cuando el suave dulzor se deslizó en su paladar y automáticamente recitó de memoria un fragmento de uno de sus libros favoritos: “*Que nos unen las cerezas o que nosotros mismos somos cerezas que se enganchan - pensó -, veo más adecuado expresarlo así. Cada uno de nosotros, hasta los que tanto presumimos de ir*

por libre, puede salir enganchado con quien menos se espera del canasto de la vida, basta con tirar sin querer de un cabo de miedo cercano al tuyo y ya la has liado, igual le pasaba a mi madre con los hilos del costurero, somos cerezas en un canasto”.

Se sentía plenamente identificada con aquel texto, hermanada con la protagonista del libro: “*Amparo Miranda*”, compenetrada con el título de la novela: “*Irse de casa*”.

_ Somos cerezas en el canasto de la vida y algunas estamos ya demasiado maduras y casi pasadas.

Sonó estridente el timbre de la puerta sacándola de sus pensamientos y haciéndola atragantarse con el último bocado de una cereza.

Se dirigió a la puerta sin limpiarse los labios ni los dedos, desconfiada observó por la mirilla, vio una silueta difícil de identificar, la escalera no tenía iluminación suficiente y el hombre permanecía cabizbajo con el rostro casi oculto y hundido en el pecho. Podría ser cualquiera: un vecino pelmazo en busca de sal, el cartero con una de esas estúpidas cartas que necesitan firmas para ser entregadas a sus destinatarios y legítimos propietarios, un pobre mendigando un chusco de pan, un vendedor parlanchín y pesado . . . en definitiva, era un extraño.

_ ¿Quién es? -. Preguntó con recelo en un arrebato de curiosidad.

_ María, soy yo, abre por favor -. Contestó el desconocido en voz muy baja, apenas audible, como si temiera molestar o despertar a alguien.

No había conseguido nada con la pregunta, excepto informar al extraño de su presencia tras el quicio de la puerta, pero, quien fuera, había pronunciado su nombre, por tanto la conocía.

Afianzó la cadena de seguridad, de nuevo espionó a través de la mirilla, el hombre misterioso no había variado su posición, lo mejor sería abrir y salir a flote del mar de dudas en el cual estaba sumergida.

Tardó unos segundos en entornar el postigo, tardó un poco en adaptar sus ojos a la penumbra del descansillo, tardó unos segundos en afectarle la sorpresa que abofeteó su rostro, tardó un poco en atacarle una súbita acometida de miedo tan intenso como injustificado.

Estaba en el límite del recuerdo, a las puertas de la memoria, en el filo de la sospecha, los rasgos de la cara del hombre le resultaron tremendamente familiares, muy cercanos a sus más íntimas sensaciones pero remotos en el tiempo y el espacio.

Ambos se miraban sin hablar, ambos tenían churretes granates en los labios, restos del néctar de las cerezas, sin duda. A María, el semblante que la miraba asustado, le recordaba a algún ser querido, pero no era capaz de ubicar aquellas facciones cansadas, casi demacradas, en el lugar correcto del frágil archivo de su memoria.

Se dilataron los poros de su piel, relajó el gesto de su rostro, retiró la cadena de seguridad y abrió su corazón, a la par que la puerta de su hogar, al hombre desconocido. Pero no era del todo extraño, debía ser algún amigo de la infancia, tal vez un compañero de sus días de escuela, alguien próximo y lejano, alguien, que por alguna intrínseca circunstancia, ocupaba un segundo plano en su vida.

Era un hombre alto y fuerte a pesar de su edad, tenía las manos envejecidas por largas jornadas laborales, su escaso cabello era moreno y crespo, sin una sola cana y sin ayudas artificiales, la piel cetrina le confería un aspecto de pícaro simpático.

María iba a preguntar algo al desconocido precisamente cuando dejó de serlo, había traspasado el umbral del recuerdo dejando de ser un extraño, aquellos rasgos tenían un nombre, el nombre de un hombre muerto.

Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo, se le erizó el vello hasta hacerle daño, los sentimientos se agolparon en su alma hasta desbordarla; melancolía, estupor, terror . . .

Las piernas le fallaron estrepitosamente, fracasó su intento de articular algún sonido comprensible, un vahído nubló su mente, los sentidos la abandonaron uno tras otro como burlándose de ella en una perentoria mueca caprichosa. Finalmente se desplomó sin remedio, cayó como un fardo, desmayada a los pies del misterioso visitante.

El destino había tejido su tela de araña con umbrosa paciencia enajenándole la vida, el pasado cabalgó incansable y paciente durante largos años, sin prisa pero sin pausa, para llegar puntual a la cita en la cual restablecería su dominio, recuperando con violencia su poder y lo utilizaría para escarnecer al humilde, al débil.

El destino, el pasado, ella y él, llegaron en el momento preciso al escenario, justo cuando una mano invisible abría el telón y ya la reunión, durante tantos lustros postergada, sería incancelable, ineludible, inevitable.

Abrió los ojos creyéndose la protagonista de un sueño, de una pesadilla, pero no lo era. El rostro conocido, pero remoto, sonrió aliviado al verla despertar de su breve desvanecimiento. Los labios familiares, aunque olvidados, depositaron un tibio beso tímido en su frente. El tiempo y las calamidades habían dejado huellas de su paso en la cara cuya proximidad le aturdía, grandes surcos hendían la frente, las mejillas, el cuello . . . Pero a pesar de todo no había duda, era increíble, pero cierto; inaudito, aunque real; hiperbólicamente cruel, pero no por ello menos tangible. No salía de su asombro, vio, rozó la faz demacrada y no era el suyo el tacto frío de un cadáver, ni el difuso de un espíritu. Terminó de hundirse en una espiral de confusión, se derrumbó prisionera de la alucinación y la sordida mentira. En un segundo eterno sufrió la horrible metamorfosis, su existencia se desmoronó hasta quedar devastada, descubrió que su vida

no había sido su vida sino una burda patraña, una absurda mentira encadenada e inhumana, una estólida concatenación de errores

_ María, ¿no me conoces? -. Los labios hablaron con miedo rompiendo el silencio.

_ Pero, ¿eres tú? ; no es posible, tú estas muerto, eres un fantasma, una aparición o ¿acaso has resucitado de entre los muertos?.

_ Sí, soy yo y te aseguro que no estoy muerto ni he resucitado. Estoy vivo y he regresado.

Abatida, aplastada, como si una ola gigante de su particular mar de dudas la hubiera lanzado con violencia golpeándola contra los arrecifes de la costa, varada e inmóvil en el lecho, creyó estar de nuevo al borde del desmayo, en la orilla del precipicio. Y deseó desmayarse, perder la consciencia, abandonarse, caer al abismo y ser engullida por el espacio infinito, pero tan sólo consiguió llorar. Gimió, sollozó, el inmenso dolor cercenó su alma, hasta que por fin, agotada, el cansancio la venció y quedó sumida en un profundo sueño.

Alguien espío su intranquilo descanso, unos ojos que en tantas otras ocasiones la observaron en secreto, ocultos en la penumbra de un callejón, esta vez lo hicieron sin recelo. Alguien, cuyos ojos se inundaron de amargas lágrimas, rezó a los pies de su cama e impetró la gracia de Dios y su misericordia infinita, pues sabía, era plenamente consciente, ahora y antes de comenzar aquella aventura, de cuanto la iba a necesitar.

CAPÍTULO 1º:

Paisaje anterior a la batalla.

ACTO I : Frío, miedo, odio.

Aterido.

El acero del fusil transmitía todo su frío al aterido soldado a través de las raídas prendas del uniforme. El frío vitrificaba los cuerpos hasta romperlos, el miedo instilaba los corazones hasta rasgarlos, el odio tosigaba las almas hasta quemarlas.

El taciturno soldado apenas llevaba una hora parapetado en la trinchera inundada de nieve, permanecía críptico, inmóvil, tan quieto como era capaz de mantenerse, con esa quietud obligada por las circunstancias adversas: por el frío, por el miedo, por el odio, por la presencia invisible, pero cierta, del adversario dispuesto a disparar, por la presencia, intangible pero notoria, de la muerte dispuesta a destruir. Cualquier mínimo movimiento, cualquier nimio descuido delataría su posición al enemigo y podría suponer un tiro entre las cejas, una sucia bala regalada por los francotiradores soviéticos con aviesas intenciones.

Aquél era el liminar de una gran tragedia, sin duda. El frío, el miedo, el odio, eran características del paisaje antes de la batalla y el melancólico soldado, asistía silente a los preparativos, con sus sentidos entumecidos.

Una hora, sesenta tristes minutos habían transcurrido, tan sólo la tercera parte del tiempo que debía permanecer en aquel puesto, y su cuerpo ya estaba fatigado, gélido, rígido; las piernas agarrotadas, experimentando un incómodo y continuo hormigueo, indicativo de la falta de riego sanguíneo; las pupilas de los resecos ojos, cansadas de observar el mismo paisaje sin apenas pestañear, fijas en el horizonte blanco, blanco desesperanzador, tan blanco que laceraba el cerebro, inmenso mar de nieve, infinito páramo de hielo.

Cuando, muy de vez en cuando, el tamiz de sus pestañas no tenía más remedio que cerrarse en un parpadeo hiperestésico, obligado por la excesiva sequedad de las órbitas oculares, un sobresalto sacudía al soldado como un latigazo de terror, hasta conseguir de nuevo enfocar el horizonte vacío de enemigos, vacuo de esperanza.

Tan elevada era la tensión a la cual estaban sometidos los soldados en el frente ruso, que éste no se atrevía a pestañear, tenía miedo a divisar guerreros adversarios, pánico a no divisarlos a tiempo de dar la alarma.

Sólo cesaba de escudriñar la lontananza para ojear su flamante reloj, aquel artefacto en el cual su adorada esposa, María, invirtió los últimos ahorros de la familia, aquél, que sirvió a la par de regalo de cumpleaños y obsequio de despedida, aquél, que parecía estar averiado sin estarlo, pues el tiempo no pasaba, no pasaba, pero se iba, se perdía para no regresar jamás.

Las cinco en punto marcaba su reloj Tormas de quince rubíes. Sobre la esfera blanco amarillenta brillaban las dos agujas. Los seis números pares, junto a las seis gotas de lluvia, intercaladas entre aquellos, indicando el lugar de las cifras impares, configuraban una flor de doce pétalos. Se leía la marca del reloj escrita con letras de oro en la zona superior, justo debajo de las doce; se distinguía la pequeña esfera del segundero en la base, justo encima de las seis. Brillaba en la muñeca izquierda del centinela el rútilo artefacto suizo como si de oro se tratara, el frío lo hacía resplandecer arrancándole destellos multicolores y él, como si de oro se tratara, lo cuidaba, lo mimaba.

Los dedos entorpecidos acariciaron el aparato, le dio cuerda su orgulloso propietario manipulando la diminuta ruedecilla, maniobra ésta por enésima vez repetida, sin soltar el fusil para efectuarla. El mecanismo de la cuerda se encontraba al máximo, no avanzaba más, era como el tiempo, tampoco avanzaba, no transcurría, parecía detenido, estancado, yerto de frío y de miedo y de odio, congelado en aquélla inmensa e inhóspita nevera rusa.

El reloj le indicaba los minutos que aún debía permanecer en el puesto, pero además hacía aflorar la melancolía, la nostalgia alojada en su alma. El inocuo instrumento, sin embargo, le causaba daño, le obligaba a recordar, o ¿acaso era la proximidad de la muerte quién le hacía rememorar escenas de su existencia?. Porque allí la muerte se intuía, se respiraba, se presentía. Por una u otra razón los últimos años de su vida pasaban a gran velocidad, en estampas alucinadas como fugaces designios, por su mente. Efluvios formando imágenes, imágenes construyendo vida, vida destruyendo sueños, sueños soñados en compañía y en otra tierra que se habían transformado tan sólo en efluvios, efluvios solitarios. Trató de sosegar los recuerdos, saborearlos al menos, detenerse por un instante en cada recodo de su pasado. Así se encontró de repente en su barrio. Trasladado en el tiempo y el espacio. Se veía a sí mismo desde fuera de su cuerpo, recorría, como sobrevolándolo, su pueblo, las calles de Casares de las Hurdes, provincia de Cáceres, lugar donde había nacido él, Pedro Merino Buezas, un 9 de julio de 1916.

En la espiral de aquella abducción, su memoria retrocedió vertiginosamente, y con nitidez revivió el día en que su padre, Nicasio Merino Torres, decidió cambiar de aires.

El acontecimiento tuvo lugar a principios de 1927, coincidiendo con una gran emigración de españoles a América, pero Nicasio no creyó necesario ir tan lejos. Para ellos el nuevo mundo estaba más próximo, sin embargo habían de recorrer el camino andando.

Pedro contaba entonces con diez años de edad, su padre era jornalero, y el trabajo en Casares no era abundante, sino más bien todo lo contrario. Cuando el trabajo en el campo escaseaba, es decir, siempre excepto en tiempo de cerezas, la madre trataba de ayudar a la economía familiar lavando ropa o cosiendo para familias mejor situadas. Aún así había épocas en las cuales apenas podían comer, por tanto, el bueno de Nicasio, decidió vender o mal vender por causa de la precipitación, las cuatro paredes bajo las cuales su parentela se cobijaba y arrastrar con él a su mujer, sus dos hijas y su hijo varón, hasta Cabezuela del Valle, otro pueblo cacereño que por aquél entonces contaba con más población, (2400 habitantes), y sobre todo mejores expectativas laborales.

El día previsto para el inicio del viaje amaneció soleado, aunque frío. Pedro, enseguida entró en calor ayudando a sus padres a cargar los enseres de la progenie en el carro, farrago de muebles que componían todas sus riquezas, absolutamente todas sus pertenencias. Enganchó a las varas a los dos viejos percherones componentes del tiro, colocó la jáquima y aseguró las trabas con manos expertas a pesar de su corta edad. Sólo una vez finalizada su tarea y todavía acezando, se atrevió el niño a preguntar con el acento propio de las Hurdes:

_ ¿Ondi nus vamos padri?.

_ Nus vamos al Valli del Jerti, a un pueblu ondi hay jornal pa ganal dineros.

_ ¿Está usted seguro padri de que's güeno el viaji? -. Añadió remisa una de las hijas.

_ No esconfieis, güeno será, Gapitu, el de tía Petra ya'sta allí jaci ochu mesis y to los días comi sopas y hasta tie güertu. Jacerli sitio a la pobri madri y, ¡jala pa lanti! los cinco sin mieo.

Contentos y esperanzados iniciaron el camino, iban la madre y las dos hijas en el carro y Pedro, junto a su padre, caminando delante, guiando la reata. A ratos Teresa, la madre, permitía descansar a su hijo cediéndole su puesto en el carromato y caminaba ella junto a su marido. No cruzaban palabra alguna, no volvían la vista atrás, no se despidieron del pueblo que les vio nacer, de su tierra natal a la cual no regresarían jamás, tan sólo caminaban, avanzaban mientras las fuerzas y las inclemencias del tiempo lo permitían. Deseaban, querían creer, sabían, que al final del duro trayecto les aguardaba un futuro mejor del que a sus espaldas quedaba. Tras cinco duras y eternas jornadas de continuos sacrificios llegaron a su destino.

Pedro lo recordaba muy bien; el carro se detuvo como si estuviera predestinado que debía detenerse precisamente allí, asomó el muchacho su cabecita despeinada por encima de los hombros de sus hermanas y vio un pintoresco pueblecito, un conjunto de blancas casas

agrupándose al abrigo de una gran montaña, un río caudaloso serpenteaba abriéndose camino entre las edificaciones. En los alrededores de la población se divisaban ricas sementeras, el horizonte estaba decorado con besanas, donde el color predominante era el verde, aquel paisaje debía ser la entrada al paraíso, un acceso directo a una vida mejor, desde luego, estaba mucho del triste paraje de llanuras polvorosas, de toscos castillos ruinosos coronando alcores estériles del cual ellos procedían.

_ ¿Es ésti el pueblu ondi vamos, padri? -. Preguntó Pedro con curiosidad y cansancio acumulados en su joven cuerpecito.

El padre miraba fijamente al horizonte con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto una aparición. Tras unos momentos de atenta observación, que a Pedro se le antojaron eternos, por fin contestó:

_ Sí Pedru. Esta es nuestra nueva casa, a mí me paeci güena tierra. Mia tú esas sementeras, mia la güena genti, tuita trabajando como jormigas. Jala, vamos pa lanti.

Tuvieron que hacer dos noches más en el reducido habitáculo del carromato, varado en la orilla del río, hasta conseguir una casa que se adaptase a sus necesidades y a su maltrecha economía y comenzaron una nueva vida, o quizá, mejor dicho, una nueva etapa de su vida.

En Cabezuela del Valle, el muchacho vio por primera vez la luz eléctrica sustituyendo a los viejos mecheros de gas y los candiles. Por las calles principales, colgaban grandes fanales desafiando a la ley de la gravedad e iluminando el pueblo por la noche. Y fue precisamente bajo la innovadora luz eléctrica de la escuela, donde conoció a una niña unos meses menor que él, María Carrión Morales, cuya familia procedía de Villanueva de la Sierra, otro pueblecito de la provincia de Cáceres, y que también se vieron obligados a emigrar a Cabezuela, arrastrados por idénticos motivos a los de la familia Merino.

María era una muchachina morena y tímida, tenía la carita redonda como la de las muñecas y era extremadamente delgada, pero ¿quién no era extremadamente delgado en aquella época de hambruna?. Siempre vestía con jerséis muy grandes, probablemente heredados de sus hermanos mayores, tan largos eran que a menudo hacían innecesaria su faldita de cuadros, llevaba también unos leotardos siempre rojos de lana erosionada y unas botitas con cordones, negras en un principio, pero siempre estaban blancas pues gustaba de dar patadas a cuantas piedras se ponían en su camino, ni una sola dejaba en su sitio.

Desde el primer día cuando se conocieron, desde su edad escolar, Pedro y María, cuyas vidas parecían paralelas, siempre estuvieron juntos. Crecieron juntos, muy juntos, como hermanos. Tan unidos estaban que aunque parecían ser dos, eran solamente uno. Eran dos corazones con un único latido, dos almas recorriendo de la mano el mismo camino. Jugaban,

reían, pasaban hambre y frío, sembraban cariño y recogían amor ajenos al tiempo y a los tiempos. De compañeros de juego y patio de colegio pasaron a ser amigos inseparables, después fueron novios y más tarde esposos. Dos existencias creadas para vivirlas unidas, manos entrelazadas, sueños compartidos, dos vidas y un destino. Y parecía ser ese su único destino, permanecer siempre unidos, aunque en realidad, como veremos más adelante, no lo era.

Pasaban los años, las dos familias se abrían camino trabajosamente en Cabezuela. Pedro crecía junto a María, se hacía hombre. Hay épocas en las cuales no es posible la adolescencia, de la niñez se pasa a la madurez, la edad no importa, sólo cuenta la capacidad para el trabajo y Pedro la adquiría a pasos agigantados. Algunos acontecimientos políticos embarullaron su cerebro conforme empezaba a pubescer. Él no los comprendía aún, todas las noches sin excepción, sentados a la mesa de la cocina, su padre los explicaba a su madre y ésta, ante la perorata, asentía con monosílabos sin desatender su labor. Pedro oía desde su catre las conversaciones y memorizaba, sin entender, tanto nombres como acontecimientos.

Sabía que en aquellos años existía un “Real Decreto”, lo llamaba su padre, el cual ordenaba encarcelar a quien censurara a la Corona o al Gobierno; sabía que el Gobierno lo ostentaba un tal Miguel Primo de Rivera mediante un “directorio civil”, lo llamaba su padre, pero dicho gobernante, al parecer, y siempre según don Nicasio, estaba a punto de dimitir por haber perdido la confianza del Rey. Y efectivamente dimitió, o así lo anunció una noche Nicasio a Teresa. Hubo entonces grandes protestas antimonárquicas en todo el país, su padre, un buen día, viajó a Madrid junto a otros vecinos del pueblo a un “mitin republicano multitudinario” lo llamó él, acto aquél, celebrado en la plaza de toros. Entre tanto, un tal Dámaso Berenguer presidía el Gobierno en aquellos inciertos tiempos, pero también dimitió. ¿Qué significaría el término dimisión que tantos problemas acarrea?. Entonces se convocaron elecciones.

Lo recordaba muy bien, quemaba en la memoria la alegría desbordada de su padre, estaba muy contento, en aquellos días casi no permanecía un momento en casa, pero por las noches, no faltaba la tertulia sobre la mesa de la cocina, y en ella, se adivinaban alegrías y esperanzas.

Se proclamó la República. Alegrías y esperanzas renovadas

Aquella noche vio a su padre abrazar a la madre y con lágrimas en los ojos, pero sonriendo de felicidad, anunció:

_ Hemos ganado Teresa, ¡viva la República!, suol y sangri a jecho falta, pero ya no jabrá más pobris ni ricus en esta tierra, se me jincha el pechu, me ajogan arrempujonis de lloral sin querel, paice que llegan güenos tiempos.

El 16 de abril de 1931 en Cabezuela del Valle, Pedro a sus catorce años, asiste a la instauración de la segunda República. Nicasio cogió a su hijo con su mano diestra y entre gritos

de júbilo y vítores a la República, acompañados de gestos victoriosos de su mano izquierda, acompañó, alborozado, al Comité Local Republicano, hasta el Ayuntamiento. Entre una gran algarabía izaron la bandera roja. El nuevo Alcalde dio los vivas reglamentarios, tomó el bastón de mando, acalló con un gesto autoritario de dicho báculo los gritos de júbilo de la multitud y exclamó:

_ Declaro abolido el régimen monárquico y queda proclamada la República.

La fiesta posterior a la toma de posesión de la nueva corporación se prolongó en el pueblo durante todo el día y gran parte de la noche. El joven Pedro no tenía edad ni tampoco conocimientos para comprender los acontecimientos, pero entendía a la perfección la cara de felicidad radiante de su padre.

Nicasio era socialista y republicano por añadidura, pertenecía además a la central sindical U.G.T. y era miembro de la sociedad obrera La Jerteña. Estas tendencias políticas y sindicales hicieron de aquel día uno de los más felices de su vida. Tenía esperanza, tenía sueños, estaba alegre como si fuera tiempo de cerezas. Pedro disfrutó junto a Nicasio de la fiesta hasta caer rendido, como si fuera tiempo de cerezas.

ACTO II : Confusión.

El recuerdo de la fiesta y la alegría de su padre habían dibujado una sonrisa en el rostro demacrado del centinela, pero unos copos de nieve cayeron sobre la tímida sonrisa apagándola y devolviendo a Pedro al presente, a la triste realidad del frente ruso. Una brisa cruel de viento gélido barrió las guedejas que escapaban de la opresión del casco. Una vez más ojeó el reloj, una hora, sesenta interminables minutos todavía de permanencia en el parapeto, le restaban. ¿Sería su destino morir allí en aquel desolado paraje hostil?, ¿sería su destino perecer congelado esperando un improbable ataque enemigo?. Los rusos no tenían ninguna intención de atacar, eran los asediados pero en realidad parecían los sitiadores. Desde una posición de privilegio aguardaban pacientes, minando así la moral, las fuerzas y la salud de los atacantes; esperaban pacientes a ver si el enemigo se moría de hambre, o de frío, o de ambas cosas a la vez.

A Pedro le dolían los pies casi tanto como el alma, había advertido una reducción considerable de la movilidad en sus manos, el viento helado quemaba su piel. Acarició su reloj otra vez y de nuevo los recuerdos traidores inundaron su mente sin permiso, como la nieve asesina anegaba la trinchera.

Alcalá Zamora fue designado Presidente del Gobierno provisional de la República. Don Nicasio, su padre, le enseñó una canción y juntos la cantaban a grandes gritos por las calles, *“Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan, alcémonos todos al grito: ¡viva la internacional! Removamos todas las trabas que oprimen al proletario; cambiemos al mundo de base, hundiendo al imperio burgués”* . . . era la Internacional.

Una noche en la tertulia de la cocina, Nicasio anunció a Teresa y por añadidura a los oídos espías del joven Pedro, que se otorgaba el derecho al voto a las mujeres; otra comunicó la implantación del divorcio; y en otra posterior, comentó la aprobación de la Constitución, pero todos aquellos discursos no eran sino frases ambiguas flotando en su confundida mente juvenil. En cambio, presencié en uno de sus últimos días de escuela, un acto grabado a fuego para siempre en su cerebro.

Un buen día, un señor vestido con un solemne traje oscuro y ostentando un aspecto huraño y desabrido, entró en la escuela, tras cruzar unas breves palabras con la maestra y ayudándose de una escalera, procedió a retirar el crucifijo que presidía la clase por encima de la pizarra. Las paredes ocres, de repente parecieron desnudas, extrañas, desvalidas sin el viejo crucifijo ornamentándolas. La escuela entera pareció desprotegida a pesar de las palabras tranquilizadoras de la profesora, quien explicó:

_ No pasa nada niños, tranquilos, a partir de hoy rezaremos mirando esa marca en forma de cruz, de color más claro que ha permanecido en la pared, imaginando que ése es el crucifijo.

Pedro nunca llegó a entenderlo, ni siquiera después cuando se hizo mayor, ese insignificante y vetusto pedazo de madera no hacía daño a nadie allí, colgado sobre el encerado.

De los años posteriores, recordó el soldado, el cambio brutal experimentado al salir de la escuela e incorporarse a la vida laboral. De la niñez a la madurez sin previo aviso, del colegio al trabajo sin adaptaciones intermedias. Recordó las largas jornadas en el campo pasando frío en invierno, calor en verano y agotamiento y hambre pertinaz todo el año. Fueron tiempos de miseria y aturdimiento hasta llegar a la gran confusión que siguió a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. La fiesta en el pueblo fue similar a la acontecida cinco años atrás. Pedro pensó si debía atreverse a manifestar sus sentimientos a su padre, al final lo comunicó en voz alta a todo el que quiso escuchar.

_ ¿ A qué vieni tantu júbilo?, nosotrus somos igual de pobris o quicias más que jaci cincú años. Sacalsi del cuelpo la alegría, guardal las fuerzas pa trabajal la tierra, aquí es lo mesmo quien mandí.

No iba desencaminado el muchacho aun a pesar de su corta edad, aquella vez sería peor. La alegría iba emponzoñada con una enorme dosis de odio. Hubo graves desórdenes en toda España, se quemaron iglesias, se cometieron asesinatos, el Frente Popular era incapaz de mantener la disciplina entre sus militantes. En Extremadura, algunas haciendas fueron asaltadas por los jornaleros. Los terratenientes aterrorizados huían de los pueblos llevándose consigo cuanto podían. Era el caos, el paisaje anterior a la batalla.

El 19 de marzo de 1936, Pedro y María después de un larguísimo noviazgo, con orígenes en sus días de escuela, se casaron y prometieron bautizar con el nombre de José a su primer hijo varón, en recuerdo de la fecha de su unión. Lucieron sus mejores trajes, no habían sido comprados especialmente para la ocasión debido a la precaria situación económica de ambas familias, incluso Pedro y Nicasio trabajaron sus tierras hasta poco antes de la hora de la ceremonia, pero esas fruslerías no importaron a los dos jóvenes enamorados.

María continuaba siendo la muchachina jovial, delgada y tímida de siempre, sus diecisiete años le proporcionaban una fresca juvenil y una discreta belleza.

Pedro era un hombretón alto y fuerte, de manos curtidas por largas y extenuantes jornadas laborales, su pelo moreno y crespo, y su piel cetrina acentuaban los rasgos de picaruelo simpático adquiridos desde niño.

Olía la vieja iglesia a humedad y a incienso, a tela rancia y a oscura sacristía la sotana del sacerdote.

_ Hasta que la muerte os separe -. Sentenció el cura, y dijo mal, pues debió decir hasta que la guerra os separe.

_ Dici la genti que son güenos mozus -. Dijo alegremente Teresa a su marido.

_ Una miaja chiquininos quicias -. Contestó Nicasio, viendo con resignación como su único hijo varón abandonaba el redil.

_ No, el Pedru es juerte como un robli, y güen trabajador, y la María es mu güena moza y mu güena genti mismamenti, y es juerte como el jierro . . . anda Nicasio, dalis un besu a los muchachinos.

_ Voy pa'lla a dalis un besu y a bailal con la novia y a rondal con los vecinus y a jartalmi de vinu. A dali gustu al cuelpo, como si jueramos ricus.

Hubo sopa de tomate para quien quiso comer y no faltó vino de pitarra a quien quiso beber, vinieron los músicos de Navaconcejo y hubo baile hasta el amanecer. Entonces se celebraban pocas fiestas, no había motivos para ello, así pues, aquélla se disfrutó como nunca, pero acabó como siempre. Fue un gran festejo, una barahúnda inundó el pueblo, se habló mucho y muy bien en todo el valle del connubio, hasta que los ecos de la espléndida celebración se apagaron, acallados por los gritos de las protestas sociales de los jornaleros.

Los mismos, eran los mismos hombres que se las prometían tan felices y lloraban de ilusión ante la victoria del Frente Popular y la consecuente instauración de la República, quienes ahora se rebelaban. Ahora alzaban sus voces indignadas y veían sus ilusiones disipadas.

_ Tol gozu en un pozu -, era la frase más pronunciada por Nicasio.

En junio del 36, promovida por la Jerteña, se produce una huelga de jornaleros en todo el Valle del Jerte. Dicha protesta duró tres días y en ella Nicasio, tuvo una activa participación. Para solucionar el conflicto, los patronos y los campesinos negociaron. Tras duras discusiones e interminables reuniones, se decidió, como fruto de la huelga y la ardua negociación, subir el jornal a la cantidad de 25 cts. y los jornaleros adquirieron el derecho a percibir dos cuartillos de vino.

Aquel acuerdo constituyó un éxito sin precedentes y supuso una gran victoria de los campesinos, Nicasio había participado tanto en la protesta laboral como en las negociaciones y ya estudiaba, con sus compañeros de la Jerteña, otras posibles mejoras para los trabajadores del valle. Pero la situación estaba próxima a variar, y los cambios en aquella época siempre eran a peor, el 18 de julio estalló la guerra civil y abortó de raíz cualquier pretensión de lucha laboral o acción sindical, incluso algunos de los protagonistas de la huelga, los cabecillas de la reivindicación y lógicamente, entre ellos Nicasio, serían severamente represaliados por las tropas nacionales tras el alzamiento militar, llegando incluso al asesinato de alguno de los huelguistas.

Nicasio escapó esta vez de la pena máxima gracias a la intercesión de los terratenientes y patronos del valle, pues si bien sus ideales revolucionarios les causaban serias molestias, sin embargo le consideraban un buen trabajador, fuerte y honrado como pocos, y no estaban dispuestos a prescindir de un excelente jornalero. Pensaron además que con unos cuantos golpes, una buena tunda, unas cuantas magulladuras bien repartidas por el cuerpo del hombretón, sería bastante y aprendería la lección; creyeron suficiente darle un buen susto para dominarle, pero es difícil doblegar a un rebelde forjado a base de sacrificios, es prácticamente imposible domar a un hombre con ideales y sueños de libertad, con ansias de justicia, y por completo imposible si se trata de una persona valiente, como lo era Nicasio, capaz de anteponer sus principios a cualquier otra circunstancia.

Poco a poco la sublevación militar se extendió, recibió el apoyo de la Iglesia, llegaron las primeras represalias, las venganzas, enseguida aparecieron los fusilamientos, luego el silencio atrapado bajo la incierta sombra del miedo.

Cuando la tenebrosa hecatombe de la guerra civil se materializó, María ya se encontraba embarazada. La situación de la familia se tornó delicada. Se encarcelaba a los líderes izquierdistas y se sometía a estrecha vigilancia a los ciudadanos progresistas. Pedro, y sobre todo su padre, fueron férreamente controlados.

_ Cuidado con los Merinos, tenedlos siempre a la vista.

Es una de las consignas ordenadas por el Comandante del puesto de la Guardia Civil a sus hombres. La advertencia era por completo innecesaria, demasiada labor tenían los Merinos con alimentar a sus familias, además, en el valle apenas hubo resistencia y por lo tanto no existieron acontecimientos bélicos en los cuales participar. Excepto en acciones muy aisladas, no existió lucha en la zona del Valle del Jerte.

Una de dichas acciones aisladas, la más sonada, por el atrevimiento y el éxito alcanzado, fue la destrucción del puente de Becedas, para impedir el paso de los convoyes nacionales. Ciudadanos opuestos a la falange y según todos los indicios, capitaneados por don Nicasio, consiguieron burlar, amparados por la tupida oscuridad de una noche sin luna y sin estrellas y sin esperanzas, a las numerosas patrullas de la Guardia Civil. Colocaron estratégicamente unos pocos explosivos, cuya procedencia siempre fue un arcano misterio y un preciado secreto, y, con un gran alarde de valor, poniendo en grave peligro sus vidas, volaron el puente sobre la garganta de Becedas.

Los cuatro socialistas protagonistas directos del sabotaje fueron posteriormente identificados, perseguidos, acosados, detenidos, torturados y más tarde fusilados. A pesar de las

torturas terribles a las cuales fueron sometidos, ninguno acusó a Nicasio, ninguno confesó conocer el origen de los explosivos utilizados, ninguno habló . . . pero todos murieron.

A Pedro también le interrogaron pero él nada sabía de las andanzas de su padre, aunque las sospechaba, y de haberlo sabido, nada hubiera dicho a las autoridades, evidentemente. Por tanto a don Nicasio no le pudieron involucrar en el asunto, no pudieron probar su participación activa en el atentado, aunque la falta de pruebas no les impidió acusarle de promover y planificar la insubordinación. Como consecuencia de aquellas delictivas imputaciones fue detenido y encarcelado y tras varias semanas de infructuosos interrogatorios no exentos de malos tratos, fue trasladado al penal de Plasencia.

En enero de 1937 nació José, el primer hijo de Pedro.

_ El Josi -. Murmuró Pedro en su trinchera recordando aquel día feliz -. Mi hijito.

Después del alumbramiento, su primer deseo fue comunicar a su padre, que permanecía preso, su nueva condición de abuelo, pidió permiso para visitarlo con la excusa de notificarle el nacimiento de su nieto y añadiendo que no le veía desde el día de su traslado a Plasencia. La solicitud le fue denegada mediante una amable carta del mismo estilo frío e indiferente de la que recibió algunos meses después notificándole el fallecimiento de su padre. Nicasio murió dentro de la prisión en extrañas y turbias circunstancias. Por causa de una enfermedad contagiosa e irreversible contraída en los primeros días de su reclusión, sentenciaba el comunicado oficial sin especificar cual era el mal; por culpa de desmesuradas torturas y malos tratos, encaminados a obtener la confesión del sabotaje y la procedencia de los explosivos, según los rumores.

No permitieron a los familiares ver el cuerpo sin vida de Nicasio, lo cual contribuyó a incrementar las sospechas y estimular los rumores, induciendo además, a creer en su veracidad. Lo cierto fue que el bueno de don Nicasio murió y por añadidura se fue a la tumba sin conocer a su nieto, sin ni siquiera tener conocimiento de su existencia.

Nacido su hijo y muerto su padre, Pedro centró todos sus esfuerzos en la ardua tarea de mitigar el hambre de su familia, y resultó ser difícil labor, pero mucho más complicado fue mantenerse alejado de la lucha armada. En un conflicto civil de aquellas características, era trabajoso mantenerse neutral, no estaba permitida la imparcialidad, había que tomar partido, frío o calor, blanco o negro, rojo o nacional, había que elegir. Él no lo hizo, las únicas armas, por sus manos empuñadas, fueron los trebejos propios del campo y la labranza, quizá por eso ambos bandos le consideraron enemigo.

El valle albergó y sirvió de guarida a los hombres de la resistencia antifranquista. Eran pocos, apenas un puñado de gentes de izquierdas que se agruparon y se tiraron al monte a falta

de otra posibilidad de lucha organizada y resistencia en la demarcación placentina, la cual, por cierto, quedó en zona nacional.

Los maquis en muchas ocasiones visitaron la casa de Pedro, le invitaron a unirse a ellos basando sus pretensiones en la ideología de su padre, su encarcelamiento y su posterior fallecimiento, o asesinato, como lo denominaban los guerrilleros, para quienes Nicasio era un héroe y Pedro, probablemente, un cobarde. Cada vez le presionaban con mayor insistencia.

_ Únete a nosotros Pedro, sé valiente, lucha como un hombre, hay que oponerse al fascismo con uñas y dientes.

_ Y, ¿quién traerá la comía pa la mujel y el muchachino? -. Aquella era siempre la contestación de Pedro, amarga respuesta llena de sinceridad y vacía de ideología, la frase que ponía punto final a la discusión.

Una noche, al salir de su casa dos guerrilleros, quienes por cierto flaco favor le hicieron, pues le robaron los pocos víveres con los cuales contaba la familia para su subsistencia, la Guardia Civil en su estrecha y persistente vigilancia a Pedro, efectuada cada vez con más ahínco, los sorprendió.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del centinela en la trinchera del frente ruso, con el recordatorio de la aciaga noche, una de las más largas y duras de su vida, de una vida plagada de conticinios duros, largos y aciagos.

Era una noche fría en Extremadura, una luna llena plúmbea iluminaba el Valle del Jerte en su totalidad. Dos guerrilleros, tras fracasar una vez más en su obstinada pretensión de reclutar al testarudo Pedro para sus huestes, cogieron cuantos alimentos cupieron en sus morrales y salieron a hurtadillas de la humilde casa. Pedro y María suspiraron aliviados al ausentarse los partisanos, se disponían a acostarse, pues no tenían ya nada para cenar tras el saqueo al que fueron sometidos, cuando se escuchó, en los alrededores de su hogar, un grito.

_ ¡Alto a la Guardia Civil!.

Tras aquellas palabras siguieron unas detonaciones. Las ásperas explosiones quebraron la noche desquiciando los nervios de los moradores de la casa y despertando al pequeño José, quien no cesó de llorar hasta la finalización de la balacera. Porque hubo tiroteo, los guerrilleros respondieron a los disparos de los guardias entablándose una lucha feroz y desigual. Uno de los guerrilleros consiguió huir, herido, regando el sendero con su sangre, pero huyó, en cambio el otro no tuvo la misma suerte y murió en la reyerta. Aquella acción acarreó innumerables problemas y múltiples contratiempos al inocente campesino.

Una vez cesaron los disparos, los miembros de la Benemérita irrumpieron en la casa, detuvieron al cabeza de familia y lo condujeron al cuartelillo, donde permaneció por el resto de

la madrugada sometido a interminables y agotadores interrogatorios. Juró el inofensivo trabajador, una y otra vez, su inocencia, explicando como intentaron en vano unirle al movimiento de resistencia y como él se negó siempre con rotundidad; narró como le robaron los escasos alimentos con los que contaba, pero aquellos hombres parecían no escuchar, y de hecho así era, no escuchaban, permanecían sordos y estólidos con una exacerbada contumacia.

La tensa situación le conducía a una neurastenia peligrosa, en el más insospechado momento, podía ser capaz de confesar cualquier abyecto crimen para escapar del suplicio que suponía el interrogatorio y de sus torturas tanto físicas como psíquicas. Tras padecer los envites de un miedo espantoso y después de recibir unas docenas de golpes despiadados, le devolvieron a la libertad.

_ Ten cuidado con lo que haces Merino, con lo que dices, con lo que piensas, con lo que ves . . . te estaremos vigilando siempre, no importa donde vayas ni donde te escondas, siempre estarás sometido a observación -. Advirtió el Comandante del puesto y sus palabras, pronunciadas entre dientes, apenas susurradas, cayeron como una losa, como una terrible amenaza.